

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8747

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECION DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 15 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorete, rue Camartin, 8, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 186.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Lunes 22 Diciembre 1891

LA SEMANA ANTERIOR.

Todos son preparativos.

La proximidad de las Pascuas hace que cada casa se convierta en taller de pastelería. ¿Por qué cual será la madre que tenga hijos que para ellos no confeccione media arroba de tortas cuando menos?

D. Pascuala es una buena señora en toda la extensión de la palabra. Con grandes aficiones culinarias, así que viene Octubre empieza á hojear cuantos libros de cocina llegan á su poder con el santo fin de que las tortas que salen de sus manos sean verdaderamente especiales.

Y aunque á ustedes parezca raro, hay veces que lo consigue.

El año pasado confeccionó tortas de cinco clases. Las cuatro primeras pertenecían al número de las conocidas, pero la última llamó la atención de cuantas personas tuvieron la dicha de verlas.

Digo, verlas, porque averiguados los ingredientes de la manufactura, no hubo nadie que se atreviera á probarlas.

¡La alhucema fue la base de aquéllas! Naturalmente D. Pascuala, había dado á luz por aquellos días, y como es costumbre, la alhucema andaba abundante en la casa.

Pues ¿y los pavos?

Los pavos andan recorriendo inocentemente calles y plazas buscando persona que dentro de pocas horas los decapite.

¡Infelices!

Si ellos supieran al triste y próximo fin que les espera.

El pavo es el animal de peor sombra.

Cuando mayor es la alegría, cuando el bullicio reina con más esplendor, es cuando deja de existir.

En cambio, la gallina *espira* siempre que en los hogares domésticos ha sentado plaza la tristeza.

Siquiera por esto, es preferible nacer gallina á nacer pavo.

La puerta de Murcia se ha convertido en mercado.

Desde el insipido rival de la batata de Málaga hasta el objeto más elegante y mejor que puede expendirse por real y medio, allí hay de todo.

Los vendedores ambulantes sientan sus reales por unos días en aquel sitio de donde sacan dinero y afofia.

Lo primero, vendiendo á portillo su mercancía; lo segundo á fuerza de pregonarla á gritos.

Hoy la puerta de Murcia es el punto de cita de todas las clases de la sociedad.

Alí acude todo el mundo á disfrutar de la perspectiva que ofrece un montón de bellotas colocado junto á un haz de cañas dulces, y á escuchar los acordes escapados de panderos y zambombas.

Allí concurren las domésticas á adquirir las provisiones que sus amas desean, porque hay que advertir que en la puerta de Murcia, todo se da casi de balde. Al menos así lo aseguran los vendedores. Yo creo que, en todo caso, se dan castañas.

Indudablemente los resultados del plagio son funestos.

El jueves, un marinero noruego, sintió excesivo calor, y en uso de su perfecto derecho, despojado de la ropa con que cubría sus carnes, arrojó á la agua y en ella anduvo nadando por espacio de media hora.

¡Tal no hubiese hecho!

Silvestre Corsini amigo—que tenía mucho de su apellido si en él se cambia por *u la a*—y que de lo extranjero gustaba extraordinariamente, presenció el baño del noruego y entró en deseos de bañarse también.

Le pareció de mal efecto echarse al agua en pleno muelle y decidió incontinenti marchar á su casa.

Ya en ella, él mismo, cuba á cuba, estrajo de pozo todas las necesarias para llenar de agua una tina que posó desde que—por efecto de un cólico miserere—hubo que bañar en aceite á su tío, hombre de pelo en pecho quemado hace poco, efecto de verse calvo.

Pues bien, se llenó la tina y Silvestre sudando la gota godase introdujo en ella. De allí fue á parar á la cama, donde se le dió una soberana paliza, gracias á la cual entró en reacción consiguiendo de este modo que no muriese haado... pero sí de una pulmonía doble que no hubo forma de combatir.

¡Pobre Silvestre! Él se ha tenido la culpa.

Su afán, fue siempre, no aparecer hijo de España, y ha conseguido, pronto no serlo de este mundo.

No quiero hablar á ustedes de política, porque como no se habla de otra cosa, estarán ustedes hartos.

De teatros, me está vedado decir una palabra.

Cualquiera de mis lectores sabe de eso más que yo, porque yo no asisto á los teatros.

De lotería, no quisiera ocuparme, por no hacer mal de ojo.

Hay gentes supersticiosas á quienes les sabe á cuerno quemado tratar de loterías en estos supremos instantes.

Y del tiempo, no me atrevo á soltar prenda, toda vez que lo mismo sale el sol que llueve á cántaros.

De modo, que no teniendo asunto de que tratar, doy por terminada esta reseña deseando á todos, todos, «Felices pascuas».

Jota.

UNA OPINIÓN DE ECHEGARAY SOBRE EL TEATRO.

El Sr. Echegaray achaca la decadencia del teatro, y la falta de concurrencia, al público.

En opinión del ilustre vate, el público como un hombre de vida alegre y buena fortuna que ha saboreado todos los placeres, llega á hastiarse, nada le satisface ni le divierte. Pues esto mismo ocurre á nuestro público; ha visto desde el drama trágico hasta el sainete moderno de manolitas, chulas y toreros, pasando por las revistas políticas y de todas clases; conoce las mejores obras del teatro francés, se sabe de memoria á Sardou; nada le conmueve, nada le arrastra, nada le satisface; permanece frío, indiferente y ni siquiera batalla.

Marcha delante del autor y de nada se sorprende. Establece comparaciones entre unas y otras obras, y dice: «ya sé en lo que ha de parar todo esto y á lo que se parece.»

Se le dan dramas de amor, le resultan ridículos; de política, «la política no debe traerse al teatro»; de grandes luchas religiosas, «¡já mí que me importa eso! sería bueno en aquellas épocas en que no había la libertad de conciencia.»

Del divorcio no le hableis por ahora, porque no presta atención; solo comprende nuestro público la mujer honrada ó al marido mutado como en la época caballeresca tan bien pintada por Calderón.

No hay, pues, que esperar el renacimiento del teatro, hasta que venga una renovación en el público ó en los sucesos que puedan llevarse á la escena.

Cuando esto suceda, al calor de las pasiones brotarán actores, de los que estamos faltos, autores y críticos. Con honrosas excepciones, la crítica no vale mucho. Pero el más, á mi juicio, lo pinto que está en el público.

Ven usted si no aplaudir «El amigo Fritz» y «El cura de Longueval», y quedarse frío con la última comedia del Sr. Aza, «El señor cura.»

Se representa «D. Juan Tenorio»; las galerías se llenan de gente, los palcos y butacas casi están vacíos.

En las primeras localidades está el pueblo, la pasión, el calor que ha de dar vida al teatro, á los autores, á los actores y á los críticos.»

Con efecto; nuestra opinión está contestada con la del Sr. Echegaray.

Hace falta que se opere una reacción en el público para que éste salga del letargo en que se halla sumido.

Para ello se hace preciso que hombres de la inteligencia, del talento, de la talla del señor Echegaray conyuyan con sus obras á la regeneración de la escena española.

Varietades. EL GABAN DE PIELES

(ARTICULO DE ABRIGO)

¡Un gabán de pieles!

¡Mi bello ideal! ¡el desideratum de toda mi vida! ¡la codiciada prenda objeto de todas mis ilusiones! ¡la constante aspiración durante mi labor diaria!

¡Lo imposible, en una palabra!

Allá, cuando era yo niño, en los tiempos en que había un Tío Vivo en la rinconada de la fuente de Cibeles, Madrid, mi pueblo natal, no estaba tan bonito como hoy está, ni era tan grande, ni había tantos coches, ni tantas casas de juego, ni ciertos puntos, pero así, en verano hacía un calor al estilo del Senegal, y en invierno el frío corría parejas con el de las regiones polares.

Eran entonces la capa y la bufanda las prendas masculinas de rigor para la estación más cruda, y las señoras envueltas en mantones de ocho puntas más ó menos alombados, desafiaban al termómetro de Gasselli y Zambra cuando estaba en baja y expuesto á la vergüenza en la Carrera de San Jerónimo en donde el amigo y librero se tiene hoy su librería.

Entonces el gabán de pieles para los caballeros era lo que es hoy el toisón de oro; un distintivo excepcional que apenas contaba con una docena de favorecidos.

Y tan cierto es esto, que yo, que me precocio de tener muy buena memoria, recuerdo que no tenían sobretodo forrado de pieles más que los duques de Abrantes, Medinaceli,

Veragua, D. José Salamanca, Mollinedo, mi padre, el general Narváez, el infante D. Sebastián y aquel conde de Villalobos que hizo de la gimnasia el culto de su vida.

Todo lo que más se permitían algunos señores, accionistas del Banco de España, tenderos afortunados ó prohombres de fama y pro, era un cuello de pieles que, cuando no funcionaba agarrando el pescuezo del interesado, se llevaba por el lucimiento pendiente de un botón del gabán ó de levita agabanada.

Las damas usaban pieles cuando su jerarquía y *prosopopeya* lo justificaban; pero las usaban por fuera en manteletas y esclavinas forradas de seda y guarnecidas al exterior con armiño, generalmente.

De modo que hace docena y media de años no era Madrid el país de las pieles, y á Julio Verne no se le hubiera podido ocurrir entonces localizar la obra que lleva aquel título en la capital de la tierra de los garbanzos.

Y lo que de Madrid he dicho se puede decir del resto de España, pues sabido es que la provincia copia é imita á la capital en todo y por todo, con más ó menos oportunidad y criterio.

El gabán de pieles, desde el punto de vista epidémico—permítaseme la frase—no llegó á ser conocido en Madrid hasta las primeras heladas que siguieron inmediatamente á la revolución de Septiembre.

El gabán de D. Juan Prim rompió la marcha: *Pelisse* se llamaba la prenda y era idéntica á la que el general Pelissier, duque de Malakoff, usó durante el sitio y toma de Sebastopol en 1855.

La victoria del ilustre general francés puso de moda en el asfalto del boulevard en París las *pelisses* para damas y galanes, y con mil variantes, entraron las pieles en la confección parisienne.

Muchos son los animales que gastan á diario piel que pueda servir de abrigo á la humana especie de la clase pudiente, pero son contados aquellos que, como la nutria, el armiño, el castor, el zorro azulado, el astrakán y otros bichos, poseen pieles de precio y aristocráticas.

En tanto que la moda se imponía, la liebre, el conejo y el gato se dejan degollar por la industria que imita y falsifica todo, y cuando se hizo general, hasta en las aldeas de Francia en que no hacía frío, el uso de las *pelisses* ó pellizas ya costaba trabajo saber á que mamífero había pertenecido en vida el pelo que servía de forro al entonces *carrito* lujoso abrigo.

Pero no vale divulgar.

Al gabán de pieles de la general Prim, siguieron los de Sigasta, Rivero, Ríos Rosas, Tamberlik, Anderías, Silverio y cincuenta personas todo lo más, á quienes los transeúntes contemplaban con admiración y hasta con envidia cuando caminaban á pie.

Al año siguiente de exhibición de tan contadas muestras de opulencia, aumentó el número de los gabanes de pieles en los caballeros, y se generalizó de tal modo entre las señoras, que las hubo que no salían á la calle si carecían de la talma *pellisse* de «petit gris.»

La Exposición Universal de 1878 fue el «acabóse» como se dice vulgarmente, y al invierno siguiente en Madrid la aparición de las castañas ácidas coincidió con una nube de gabanes de pieles, que, dicho sea de paso, Madrid no se esperaba. Su duda porque no se merecía tanto boato.

El gabán de pieles, en su infancia, cuando eran tan poquitos y tan contados, los